

Ateneo Niñez y Adolescencia, 7 de junio de 2017

Jorge Palant*

Resumen

En este artículo se hace un recorrido por la concepción teórica de J Lacan acerca del amor. Se señala la demanda de amor como eje en la relación del sujeto con el Otro materno en los tiempos de la estructuración subjetiva. El amor en el ser humano no apunta a ningún objeto material sino que el objeto se constituye particularmente para el niño en un don, en un signo del amor de la madre y es de esta manera que J Lacan explica la frustración de amor en el niño y sus continuas demandas que no se satisfacen con ningún objeto material concreto aunque tienen la apariencia de estar dirigidas a él.

Descriptores

demanda, amor, transferencia, frustración

Mabel Marcinavicius: Buenos días. Estamos hoy aquí con Jorge Palant, psicoanalista. Ha sido coordinador del Servicio de Niños del Hospital Gregorio Aráoz Alfaro. Ha escrito numerosos artículos, la mayoría publicados en la revista *Conjetural*; su libro *Eco de infancias* se ha publicado el año pasado. Es dramaturgo; *Réquiem* es su última obra estrenada.

* japalant@fibertel.com.ar / [CV](#)

El título que le ha puesto Jorge a la presentación de hoy es "Ese llamado, llamado amor". Es un título por lo menos enigmático, pero está claro que va a hablar de amor.

Jorge Palant: Cuando Liana Maghid me invitó a estar aquí, hoy, con ustedes, me anunció que la reunión era en el Departamento de Niños y Adolescentes, y que se trataba de hablar del amor. Qué se podría decir del amor en esos momentos –Niñez y Adolescencia– de la vida de un sujeto.

Me costó encontrar un título porque –además– Liana me adelantó que habían leído, en *Eco de infancias*, "La infantil mentira de amor", y me pareció que podía ser un punto de comienzo o de anclaje por el hecho de que ese texto se sostiene en la lectura de un breve texto de Freud que él llamó "Dos mentiras infantiles", de 1913 (año en el que Freud está en plena discusión con Jung: se separarían muy pronto), y en el que Freud sostiene a ultranza –eje de su discusión con el psicoanalista suizo– el valor de la sexualidad infantil en la vida adulta, el lugar que esto encuentra en el análisis de adultos, cosas que, al respecto, no se pueden dejar de lado.

Freud escribe "Dos mentiras infantiles", texto que no dice que fuera efecto de que atendiera niños –dejamos a *Juanito* aparte–, sino que es una construcción hecha durante el análisis de dos mujeres adultas que tienen recuerdos de infancia y en las que, lo que Freud encuentra, es *una mentira* que las niñas, cada una en su historia, han hecho a sus padres.

"Dos mentiras infantiles", y el hecho de que ese texto actuara como sostén de "La infantil mentira de amor", me hicieron ver que hay, en ambos, un concepto sin explicitar: la demanda de amor. Ése es el vacío que da origen al título que acaba de recordarnos Mabel Marcinavicius: "Ese llamado, llamado amor".

¿Por qué? Porque a lo que *no hago* referencia en el artículo del libro es a algo que –a mi criterio– está muy presente en los dos casos: *la demanda de amor*, eje en la articulación del Sujeto con el Otro en los tiempos de la estructuración subjetiva; un tema que, como tal, no figura en Freud, si bien está dicho de otras maneras (frustración). Quien lo nombra así es Lacan. Tampoco está en Klein ni en Winnicott. Esto pertenece a Lacan. Y me pareció interesante, entonces, que los dos pequeños casos freudianos giraran alrededor de este punto, pero también con una diferencia (voy a hablar de ellos muy sucintamente, no vamos a tener tiempo para más): en un caso se trata de una demanda de amor *del* padre, y en el otro caso de trata de una demanda de amor *al* padre; cosa que ya hace pensar en este juego del amor *al-* amor *del*, del deseo *a*, al deseo *del*...

Con esta diferencia de articulaciones entre el Sujeto y el Otro, tanto en el amor como en el deseo, Lacan trabaja mucho en toda su obra.

¿Y por qué paso a la demanda? Porque la demanda es un llamado, entonces ese "Llamado, llamado amor" es la demanda... de amor.

Lacan va a insistir de tal manera en este punto en lo que es la constitución subjetiva de alguien, que dirá en algún momento que *toda demanda es demanda de amor*; cosa que es muy importante para nosotros –psicoanalistas– porque en tanto tales estamos en un lugar en el que se nos demanda, y si toda demanda es demanda de amor ¿eso qué quiere decir? Entonces caemos en el amor de transferencia y en el circuito frustración-regresión-agresión, y la práctica parece simplificarse tanto que no cesa de complicarse.

Pero este punto que es la demanda –la demanda de amor, la demanda de análisis, los recuerdos infantiles, las mentiras infantiles– aproxima dos cosas con las que estamos habituados a trabajar, porque es lo nuestro de cada día: la infancia, lo que llega después y... la transferencia. O sea, se nos demanda algo –Lacan dirá: la demanda es de amor– que ubica al paciente en un punto en el que tendrá que hacerse cargo de su demanda aun cuando de su demanda podrá decir lo que sabe y en el análisis se podrá llegar a entrever lo que no sabía de esa demanda. O sea que la pregunta fundamental que un analista puede hacerse respecto de un paciente –y que (se supone) el paciente puede hacérsela a sí mismo– es en realidad "¿qué es lo que quiero?".

Cosa que a veces se ve con claridad en quienes atienden niños y reciben a los padres, y los padres dicen querer una cosa y de pronto uno encuentra que, más allá de lo que dicen querer, quieren otra. Entonces, ¿qué es lo que nos piden y a qué demanda podríamos acceder y a cuál no?

No es lo mismo negarse a una demanda de amor (encubierta o no) que decirle que no a un paciente que quiere ir al baño.

El texto que llamo "La infantil mentira de amor" se ocupa en un momento dado del valor estructural de la mentira, y quien se ocupó de eso fundamentalmente fue Viktor Tausk. Lacan lo retomó, pero no hablando sólo de la mentira (y en la relación del significante a la verdad encontrará siempre un espacio para ella), sino del efecto estructurante de la represión. Y Tausk le da valor estructurante a la mentira. Es el momento en que el niño consigue armar un discurso de tal manera que el Otro no puede llegar a él, no llega, hay un alejamiento del Otro, en la mentira el Otro queda descolocado. Lacan dirá en el Seminario *El deseo y su interpretación* que la represión es un alejamiento del Otro, el Otro queda a una distancia desde la que no tiene acceso... ¿a qué, sino a la intimidad del sujeto?; lo que puede surgir *desfigurando* ese algo es la mentira.

Para Tausk es un momento de liberación del Otro. Nos dice que, como el niño cree que el lenguaje está inserto en él porque sus padres lo pusieron, entonces los padres tendrían acceso a esos pensamientos y la mentira lo liberaría de que los padres los conozcan. Es a partir de esa idea que Tausk escribe *La máquina de influencia* para hablar de la psicosis, y sabemos que en la psicosis la represión no funciona, entonces el sujeto está permanentemente leído por el Otro, es transparente, digamos. Winnicott le da al juego esa función, aunque utiliza otros términos para nombrarla. Él dice: "El juego aleja al niño de la exigencia de la madre". ¿Por qué?, preguntáramos. Porque la madre desconoce aquello a lo que el niño juega.

Lacan se acerca al amor como tema cuando empieza a teorizar la falta (de objeto) en la frustración, porque él trata de construir algo, un modo de funcionamiento, una estructura tal que se oponga a ese pasaje que suelen hacer los analistas –hay mucho escrito sobre esto– que es la dialéctica frustración-regresión-agresión. Entonces se pone a trabajar en un momento en el que además dice: el análisis ha ido en la dirección de la relación de objeto y en realidad ha descuidado el concepto de falta de objeto; y se dedica a trabajar sobre las tres modalidades de la falta que él ubica: la castración, la frustración y la privación, y a esto se dedica largo tiempo en su obra, pero particularmente en el *Seminario IV*. Ahí le interesa hablar de la frustración y sobre todo la dialéctica de la frustración, cómo funciona la frustración. Y toma entonces la cuestión del desarrollo y le da a la frustración –que dirá que es la frustración de amor, después va a hablar de frustración de goce, pero está hablando de la frustración de amor–, en principio, un carácter simbólico; hay un carácter simbólico en el sentido de que el agente de la frustración –él va a hablar de agente, operación y objeto, son los tres términos que él va a distribuir para castración, privación y frustración y va a hacer el interjuego de todo esto– es la madre. ¿Pero qué es la madre en ese momento del desarrollo de un niño? Lacan lo que hace es ubicar primeramente a la madre en la instalación de ese par que es el de presencia-ausencia; él trabaja mucho –y no sólo él, se ha trabajado mucho con el *Fort Da*–, pero básicamente el *Fort Da* es el juego con el que el niño trata de sobreponerse a la ausencia de la madre llamándola y echándola, o sea necesita construir este par presencia-ausencia, y Lacan dice que es la primera construcción simbólica que hace un niño, esta que es la de la presencia y ausencia de la madre.

¿Esto por qué tiene valor para Lacan? Porque a partir de que la madre está ubicada como simbólica en relación al niño, ¿qué es lo que tiene de amor para darle? Lo que tiene de amor para darle es un don, en ese punto no es un objeto, hay un don de amor. Pero esto no es sino en el tiempo posterior, que es el tiempo en que el objeto –el pecho, los objetos que la madre ofrece– han atravesado este primer recorrido,

en que se ha instalado la madre en ese lugar de presencia y ausencia, de forma tal que el objeto está marcado por este primer tiempo. Entonces ahí sí, lo que la madre –marcada por este tiempo de presencia y ausencia– ofrece como objeto es considerado por el niño como un don. En este primer punto en el que la presencia de la madre está simbolizada, amar es dar algo que la madre no tiene, y es el amor: el amor no es un objeto.

Pero para el niño, una vez que la madre ha quedado inscrita en ese recorrido, en esta situación de presencia-ausencia, el objeto pasa a ser un signo de amor.

De ahí que Lacan hable de frustración de amor en los momentos en que la madre no responde; la madre no responde a la demanda de ausencia y presencia por cualquier motivo y entonces el objeto aparece como sustituto de la madre pero es interpretado; es decir, tenemos la escena de los caprichos, cosa que también pasa en el análisis: que uno no le dice o no le da al paciente lo que el paciente quiere escuchar porque piensa que él no se lo quiere decir, que lo tiene pero no se lo quiere dar, hay una respuesta: "Usted me tiene que decir por qué me pasa lo que me pasa todo el tiempo, pero no me lo quiere decir (dar)". Ése es el lugar en el que la madre ha tomado para el niño un carácter omnipotente; es decir, la madre pasa de tener un lugar simbólico en la dialéctica de amor con el niño a tener un lugar real, porque pasa a ser toda potencia para él porque puede darle o no lo que él necesita, se lo puede dar o no, depende de ella.

Ahí Lacan va a hacer una distinción entre frustración de amor y frustración de goce. A mí me evoca eso que leemos en Winnicott que cuando el objeto transicional no se instala como tal, en su lugar adviene el objeto como fetiche.

Creo que queda claro que el concepto de demanda implica no sólo el recorrido que un analista puede hacer por la infancia de un sujeto –eso que llamamos el desarrollo; la constitución subjetiva podría ser un término quizá más adecuado–, sino que también nos enfrenta con esto en el análisis, y Lacan le dedica un seminario a este tema, que es el Seminario de *La transferencia*, para tratar de ubicar los lugares que el analista y el paciente tienen en el análisis, para situar ahí el recorrido de la demanda, y lo hace en función de la lectura de uno de los diálogos de Platón, que es *El banquete*, una lectura altamente sugerida que les hago a quienes no lo hayan leído, porque es apasionante.

¿Por qué *El banquete*?

El tema de *El banquete* es el amor: hay unas cuantas personas reunidas para escuchar a un tal Apolodoro que dice que estuvo hablando con tal... y que le dijeron que había habido tal cosa... y que habían hablado del amor y que entonces qué era el amor... y entonces se propone a los que están ahí –que son varios, no digo

el número porque me voy a olvidar uno- que se hable de amor, que se haga un elogio del amor.

Y entonces van tomando la palabra distintos integrantes de esa reunión. En esa reunión hay tres que son fundamentales para el desarrollo que Lacan hace en *El banquete*. Uno es Agatón, que es alguien que viene de recibir el premio a la mejor tragedia escrita en ese momento, es un trágico que viene premiado, es decir que viene cargado con una cierta vanidad por el hecho de haber sido premiado en un concurso tan importante; el otro personaje es Alcibíades, que es el que marca una instancia muy especial en el desarrollo del diálogo, y el otro personaje es Sócrates, que es el personaje fundamental de los diálogos de Platón.

Creo que lo más importante de *El banquete* es la manera en que Lacan analiza la relación de estos tres personajes. También están los otros. Está lo que Lacan llama la psicología del rico, que es el discurso de alguien que se llama Pausanias; a partir de él, Lacan llega a la conclusión de que los ricos tienen una cierta dificultad para amar, en todo caso podríamos ver por qué, para que no quede como una cosa prejuiciosa solamente, para ver cuál es el sostén que Lacan puede darle a semejante idea.

¿Qué pasa con Agatón? (Voy a dejar de lado a Erixímaco; Aristófanes tiene lo suyo, el valor amoroso del encuentro con la otra mitad de cada uno ha tenido y tiene circulación y efectos casi siempre lamentables; pero voy a dejar de lado algunos.) Agatón, que viene de recibir ese premio, dice: "Voy a hacer mi elogio del amor. El amor es un dios, es bello, audaz", algo así como que el amor es amoroso y empieza a hacer un elogio en el que lo hace portador de todas las cosas bellas, que por ser bellas son buenas. Él insiste en ese punto; todo su discurso es un elogio a un dios que lo tiene todo, que tiene todo lo que un dios puede tener, y fundamentalmente tiene todo lo que un buen dios puede tener, como por ejemplo el amor de las cosas bellas y de las cosas buenas.

Entonces Sócrates, después de escuchar su discurso, le dice que le va a hacer algunas preguntas, que es la manera que Sócrates tiene de demoler a sus interrogados. Entonces le dice: "Hablemos en principio de que, si alguien ama algo, es el amor de una cosa, se ama a algo o a alguien, entonces se puede decir que un padre ama a sus hijos, un hermano a una hermana...".

-Sí.

-Entonces hay el amor que es el amor de una cosa. Ahora si el amor es bello, ¿se supone que va a amar cosas bellas?

Y Agatón le dice que sí.

-O sea que estás pensando que se puede amar aquello que se tiene.

–Ahora dudo... – le dice Agatón.

–¿No sería más lógico que se vaya a amar aquello que a uno le falta?

Y acá Lacan en el discurso de Agatón entra de tal manera que se conecta con lo que ha venido trabajando en el Seminario de la relación de objeto, que es el tema de la falta.

–¿No tendría otra lógica que se ame aquello de lo que uno carece?

–Sí –le contesta Agatón.

–Y lo mismo con el deseo. ¿No se ama y se desea aquello de lo que uno carece?

Con estas dos preguntas solamente hace caer el discurso de Agatón. Agatón se muestra muy confundido y queda entonces este punto en donde aparece –en este momento del texto– *la falta*, aquello de lo que se carece, como la condición de ser amado y deseado.

Para que alguien sea amado y deseado por otro, este otro tiene que estar en falta, algo debe faltarle, y lo va a buscar en quien supone que lo tiene; después va a descubrir que a él también le falta algo, ésa es otra cosa, ahí ya Lacan va a hablar más del deseo que del amor en ese punto.

De cualquier manera, habla del deseo y del amor, intrincándolos de tal manera que muchas veces no se sabe si está hablando de una cosa o de la otra porque se le articulan mucho.

Esto es muy difícil de encontrar en *Los tres ensayos*, en *Las teorías sexuales infantiles*, en el trabajo de Freud sobre la pubertad, en lo que podemos pensar de la adolescencia... no hay esta discriminación; Freud habla del amor en *Introducción del narcisismo*, en *Pulsiones y destinos*. A diferencia de Klein, él dice que el amor no es algo que le pertenezca a la pulsión –no es poca cosa ésta–, sino algo que le pertenece al Yo.

He aquí entonces que en el escenario del análisis, que es el que habitamos durante largos años tanto en el diván como en el sillón, se instala alguien que demanda algo, que le demanda algo al analista. Y Lacan va a identificar estas posiciones con lo que los griegos denominaban el *erómenos* –que es el amado– y el *erastés* –que es el amante–, con lo cual enfatiza cada vez más que el análisis es una cuestión de desarrollo de la transferencia, que lo que a él le importa más en un análisis es cómo se juegan las cosas en la transferencia, cómo se da esta relación entre el que demanda y el que es demandado y cómo juega en este punto esta división que los griegos han hecho entre el que ama –el amante– y el amado, y cómo juega la demanda ahí.

Entonces lo que va a recorrer es la relación que tiene Alcibíades con Sócrates. Todo el mundo sabe que Alcibíades ama a Sócrates, que Alcibíades es el amante

de Sócrates, que Sócrates es el amado. Y Alcibíades todo el tiempo en su discurso en *El banquete* deja de hacer el elogio del amor como han hecho los que lo precedieron, lo que hace es el elogio de Sócrates. Cuando él entra –viene borracho, viene de una fiesta–, Sócrates está sentado cerca de Agatón, porque, como bien se dice ahí, Sócrates se lo quiere levantar a Agatón, entonces lo que hace Alcibíades es sentarse en el medio, los separa y empieza a hacer el elogio de Sócrates: que Sócrates tiene estas características, tiene estas cualidades, que es el más virtuoso, que es el más inteligente... hay que leer todo ese párrafo porque realmente está muy pleno de significaciones.

Y en un momento toma un camino que es el de pedirle –casi exigirle– a Sócrates que le demuestre su amor, que dé los signos de su amor; es decir, *le pide que pase de ser su amado a ser su amante*. Cosa que Sócrates rechaza. Y Alcibíades cuenta la historia de una noche que tuvo con Sócrates en donde Sócrates *no se movió de su lugar*, él intentó que Sócrates se transformara en su amante y Sócrates no se movió de su lugar.

Y lo describe a Sócrates como un *sileno* –este es un lugar fundamental en el trabajo que hace Lacan sobre la transferencia–.

¿Qué es un sileno? Un sileno es un personaje que está representado en esculturas o en pinturas de la antigua Grecia como un gordo, bebedor, prácticamente al lado de Dionisio en relación a lo que es el arte de la borrachera y la embriaguez, una especie de gordo bebedor. Y de la figura del sileno en sí pasa a desarrollar toda una serie de ideas, y no sólo ideas sino prácticas, en donde los silenos eran representados no por su *pater* –un gordo bebedor, tocador de flauta, es el sileno Marsias al que Lacan se refiere–, sino también a unas figuras que en su interior contenían objetos valiosos a los que se le da el nombre de *agálmata*.

Es decir, Lacan introduce en su seminario el término *agálmata* para decir que es algo que Sócrates, como un sileno y en tanto amado, posee dentro de sí; hay algo de mucho valor y Alcibíades intenta entrar en eso, trata de que Sócrates descubra su intimidad, que manifieste signos de amor por él... y Sócrates le dice: ¿por qué haces este elogio de mí?, ¿por qué dices todas estas cosas de mí? Si sabes que yo soy nada. Yo no soy bello, soy feo... ¿Recuerdan cuando Freud dice que la transferencia amorosa no tiene que ver con la estructura física del analista sino que tiene que ver con otras cosas?, que no hace falta ser bello, etc., para que la transferencia amorosa se instale, sino que hay otras cosas que la determinan...

“Yo no soy nada...” Y sin embargo, ¿qué es lo que tiene?, ¿qué es lo que tiene Sócrates que determina que sea quien y como es?

Ahí es que Lacan recurre a la idea del *agalma* y de los *agálmatas*, que son estos objetos, distintos objetos preciosos que estos silenos guardaban dentro suyo.

Sólo que Sócrates dentro suyo no es que guardaba en sí un objeto, Lacan después le va a dar a este *agalma* un nombre, lo va a ubicar en principio como lo que entendemos como el objeto parcial y a partir de ahí lo va a llamar *objeto pequeño a*, el *petit a* de Lacan, el *objeto a* tal como lo conocemos. Ese es uno de los orígenes, uno de los lugares de constitución del *objeto a*.

¿Por qué? Porque es algo que está en el interior de Sócrates; en ese interior lo que hay es eso, no hay otra cosa.

Y ahí Lacan se anima a decir –entonces– yendo a la transferencia, que hay un momento de la transferencia en que se produce una metáfora –él ha trabajado mucho la metáfora en *Instancia de la letra*, que es un texto un par de años anterior al *Seminario de la transferencia*–, una metáfora que es una metáfora de amor, porque dice que el amor es metáfora.

Esto puede no ser tan difícil de entender cuando se instala en la metáfora el concepto de sustitución; Lacan dice que el lenguaje tiene la posibilidad de significar a través de dos mecanismos: la metáfora y la metonimia. Él lee como metáfora en el lenguaje lo que Freud llamaba condensación en los sueños, y metonimia lo que Freud llamaba desplazamiento. Entonces la metáfora es una sustitución de un significante por otro.

Ésta es una definición que da modificando el matema de Lévi-Strauss en relación a que la significación está dada por la relación entre un significante y un significado, con una barra en el medio. Lacan dirá que en la metáfora hay un atravesamiento de la barra y en la metonimia no, así que la metáfora se presta más a que se genere una determinada significación; y que esto es muy complejo, y de hecho lo es. Pero el tema de la sustitución tiene su lugar y nos interesa por muchos motivos, pero uno –que es al que quiero ir en términos del amor– es que cuando Lacan va hacia la situación edípica, una de las primeras cosas que hace es seguir el desarrollo de la sexualidad de la niña según Freud y la ecuación heces, falo, niño que sabemos existe y que en la niña da lugar al cambio de objeto, al pasaje de la madre al padre, a la expectativa de que el padre la haga fálica, y eso se transformará en el deseo de tener un niño del padre... Pero ahí Lacan dice dos cosas, un niño en relación a la madre puede tener al menos dos significaciones, puede ser una metáfora del amor por el padre o puede ser una metonimia del falo de la madre.

No es poco, porque en un caso –en la metáfora– eso que Lacan llama el Nombre del padre, o sea la castración, va a tener un lugar o, si quieren –en términos

freudianos-, la represión va a tener un determinado éxito. El éxito sabemos que es siempre parcial, pero Freud dice que no es lo mismo la represión en la histeria o en la neurosis obsesiva que en la fobia –por ejemplo-, que en la fobia es mucho más fallida.

Con la metáfora y la metonimia pasa esto: Lacan habla de metáfora, habla de metáfora de amor en relación al padre y de metonimia en relación al deseo de la madre; o sea metonimia en el sentido de que la madre ubica al niño en una posición de falo y que al padre le resulta mucho más difícil interrumpir esa relación; y esto es lo que sucede –dice Lacan- tanto en la fobia como en las perversiones.

Entonces hablábamos de sustitución, hablaba de metáfora, hablaba del amor como una metáfora. ¿Y cuándo se produce esto?, se pregunta Lacan. En el análisis esto se produce cuando el analizante pasa de una posición de *erómenos*, cuando el analizante aleja la insistencia de ser amado por el analista. El neurótico quiere que el analista lo ame, y que le dé los signos de ese amor. El tema del amor y la demanda de amor es tan fuerte y es tan importante ver cómo se trabaja esto en un análisis, que nos lleva a no olvidar que quien más trabajó técnicamente las dificultades de análisis para resolver cuestiones de la neurosis fue Ferenczi; y Ferenczi termina interpretando el efecto neurotizante de la falta de amor en la infancia de tal manera que se encuentra con alguna histérica en la falda, porque él llega a la conclusión de que lo que les ha pasado a las histéricas es que no han sido amadas en la infancia, interpreta de esa manera el deseo insatisfecho de la histérica y la demanda de amor de la histérica.

Ferenczi tiene un texto formidable que articula la relación de amor –y acá podemos ir al pedido manifiesto de Liana, o sea al tema del amor en la infancia-, que articula las modalidades del amor en la infancia, no tanto las delicias del amor infantil sino la dependencia de amor del niño de las pasiones de los adultos, y escribe un texto en 1932 que es altamente recomendable que se llama *La confusión de lenguajes entre el adulto y el niño. El lenguaje de la ternura y el lenguaje de las pasiones*. Y ahí está muy articulado lo que le ha pasado a Ferenczi con sus pacientes, porque ha confundido estos dos lenguajes.

En 1918 se ponen de acuerdo Freud y Ferenczi, porque Freud le dice: “Yo con las neurosis obsesivas no puedo más”. Y Ferenczi le dice: “Yo con las histéricas, tampoco”. “Entonces tenemos que cambiar la técnica.” Freud le dice: “Hacelo vos, yo estoy encontrando una pulsión de muerte, vos cambiá la técnica”. Y Ferenczi en 1919 empieza a formular lo que se llaman técnicas activas, o sea la técnica –entre comillas- tal como estaba siendo ejercida y practicada hasta ese momento; fueron ellos dos –Freud el más grande y Ferenczi que estaba al lado- quienes tuvieron que decir que el análisis así no iba... Y Ferenczi empieza a practicar una serie de “técnicas

activas" en relación a "puntos de goce" (no es menor la conceptualización que en tanto analistas podemos hacer de los puntos de goce que en cada paciente limitan el efecto de un análisis), y lo que consigue en su consultorio es un desastre: pacientes que viven angustiados, desesperados, a los que él intenta explicarles cómo son las cosas... hasta que en 1930 dice: "Yo esto no lo hago más y les pido perdón a todos aquellos a quienes expuse a estas cuestiones".

Entonces este lugar, el lugar del analista y la demanda de amor, no es poca cosa, el analista como demandado; ¿en qué lugar en relación a los términos griegos *erómenos/ erastés*? ¿El analista como *erastés*, como el que debe amar, o como *erómenos*, el que habrá de ser amado?

Y no olvidemos –y Lacan insiste con esto– que el amor no es un significante, es un signo; o sea que lo que se pide muchas veces son signos de amor, cualquiera de nosotros puede dar cuenta de esto. Y la lectura de signos no es que esté protocolizada, no es que tengamos una lectura universal de signos (como de símbolos, que en algún momento se intentó), para ayudar a los psicoanalistas a entender qué era el amor en el discurso de un paciente.

No: un signo de amor puede ser dejar que un paciente vaya al baño, ya que como tal puede ser interpretado como un signo de amor y un signo de rechazo no dárselo; o que le cambie la hora, o que no le cobre tanto... todo lo que el analista haga o diga entra dentro de la órbita de lo que es la demanda del paciente en tanto que es demanda de amor.

El analista ubicado –entonces– en esa posición y el analizante en el lugar del *erómenos*, el que es amado, el que busca ser amado, el que está en la posición de ser amado; y el analista en la de *erastés*.

Entonces Lacan dice que el cambio más importante que hay en la transferencia es ese por el cual el analista y el analizante se sustituyen el uno al otro; y que ahí se produce una metáfora, que él llama amor, eso es una metáfora del amor. ¿Por qué? Porque el analizante pasa del lugar de ser amado al lugar de amar, y el analista pasa del lugar de amar al lugar de ser amado. ¿Pero de ser amado como quién? Como el sileno Sócrates.

¿Esto qué quiere decir, que es amado *por qué*? Por algo que él supuestamente tiene, por algo que hay en él.

Ahora bien, ¿cómo hace el analista para decir "es lo que nos toca, que el analizante nos otorgue un Saber". Y es la primera vez que Lacan articula el amor con el Saber. Con el Saber inconsciente, no con el Saber Universitario.

Freud habló de esto, Lacan dirá: "Seremos para el paciente un sujeto supuesto saber". ¿Por qué? "Porque el recorrido del análisis marcará nuestra caída".

Ésa es una de las tantas maneras que propuso Lacan del final de análisis, la caída del sujeto supuesto saber que –valga la expresión– para que haya análisis tiene que haberse constituido, si no se constituye como tal entonces no hay análisis; esto ustedes lo habrán observado muchas veces, cuánta gente consulta por padecimientos que llama síntomas pero que no son motivos de una demanda, si no hay demanda y lo que hay es padecimiento el sujeto supuesto saber no se constituye y entonces el análisis no funciona.

(Es lo que nos decimos muchas veces: ¿cómo puede ser que esté lleno de síntomas, sufre, y no se analiza? Es como cuando la mujer dice: “Analízate, yo me analizo hace tanto...”. Y él le dice: “Sí, pero yo no me doy cuenta de la eficacia”. Son diálogos folklóricos en relación al análisis que circulan, y mucho.)

Entonces parece simple dicho así, parece simple pero el problema –el problema que tenemos todos los días– es cómo hacemos para que un analizante pase de una situación en donde está lleno de síntomas y se queja y cree que el amor lo puede curar (de hecho hay una frase que dice que el amor cierra todas las heridas, y la cantidad de pacientes que se enamoran y dicen: “Bueno, vengo otro día, en otra oportunidad, porque ahora me siento bien estoy enamorado y me aman”). Entonces entra en una situación que suele ser de engaño (diferencio el lugar que le damos a lo verdadero del amor), pero le sirve para dejar de analizarse.

El tema del amor y el engaño están muy ligados, por eso en un momento dado Lacan dice: se puede hablar del amor, pero ¿quién sabe de qué se trata?

Freud nos dio algunas indicaciones: el narcisismo es el amor a sí mismo, pero después viene el amor al objeto, y el amor al objeto constituye las relaciones de objeto, y las relaciones de objeto en un análisis han determinado que el análisis tenga una dimensión oral, una dimensión anal, una dimensión genital... y cuando llega a la dimensión genital el sujeto ama plenamente al objeto, es condescendiente a todo, etc. Lacan se ríe un poco de eso y creo que tiene razón.

Vuelvo, entonces: esta es la pregunta que nosotros los analistas nos hacemos, porque es con lo que tenemos que lidiar todo el tiempo, cómo hacemos para que alguien que se queja, que sufre –le damos un lugar al sufrimiento–, que pide ser amado, cómo hacemos para que haga esa transformación, haga esa vuelta, ocupe el lugar de amante pero le pueda dar al analista ese lugar en el que no está quejándose todo el tiempo para que el analista le dé, sino que se transforma ¿en un amante de qué? Del Saber de su inconsciente.

El amor ha estado siempre en Lacan articulado a la necesidad, a la demanda o al deseo. El deseo, en tanto ligado a lo inconsciente de la demanda, es otra cosa, ¿por qué? Porque el deseo es el deseo de un deseo –dirá Lacan–, y si el deseo es el deseo

de un deseo, entonces es el deseo de una falta, es algo que le falta al otro. O sea al sujeto le falta, al otro también. El deseo tiene que instalarse así, como deseo de un deseo.

¿Cómo hacemos para que el análisis dé esa vuelta?

Supongo que estarán de acuerdo, es lo más difícil; es lo más difícil que un paciente salga de un lugar para llegar a otro que implique una diferencia significativa en su posición subjetiva.

¿Por qué Freud ha llegado a decir, en 1918, "con los neuróticos obsesivos no puedo, en la práctica, ir más lejos?" Si es el mismo año en que publica –dice– "su mejor historial", el de *El hombre de los lobos*. Está publicando el historial de *El hombre de los lobos* y está diciendo que él con los neuróticos obsesivos no consigue más. ¿Cómo es esto? ¿Por qué lo dice Freud? Y, más allá, queda la pregunta: ¿qué relación entre lo que se teoriza y los resultados de la práctica?

Ahí viene la pulsión de muerte, ahí viene el síntoma recorrido por la pulsión de muerte, ahí viene la reacción terapéutica negativa, ahí viene el goce del síntoma, al que Freud llama su "beneficio primario"; ahí viene todo aquello que es tan difícil de remover ¿para qué?, para que el paciente pase de esa posición en la que se queja, sufre porque no tiene amor, porque no se lo dan, porque tiene síntomas que no se van... y consiga transformarse en alguien deseante, en alguien que encuentra de qué manera moverse en la vida estando menos atrapado en sus repeticiones, en sus síntomas... Eso es lo que se busca en un análisis.

Hay una frase de Lacan que, por más que busqué, no la encontré... Seguramente la voy a encontrar mañana. Es una frase que está en *La dirección de la cura* (no puedo afirmarlo); me parece que está sobre el final de uno de los párrafos que componen un extenso texto, la busqué y no la encontré... Pero me parece interesante recordarla porque Freud critica la identificación del amor y la pulsión, como que la pulsión ama y la pulsión odia, que es un recorrido de ida y vuelta que en Klein lo vemos, el amor y el odio y la destrucción están en la pulsión.

Lacan respeta muchísimo a Klein –muchísimo–, pero le está hablando a los analistas, y entonces termina diciendo –en un diálogo virtual–: "Pero, dígame, ¿quién ama?, ¿usted acaso ama?".

La otra triada en la que Lacan ubica el amor es la triada amor, deseo y goce. Una es necesidad, demanda y deseo; la otra es amor, deseo y goce; y ubica el amor en un lugar importante en el movimiento de la estructura. Dice: "El amor es lo que permite condescender el goce al deseo".

En cuanto al tema de los niños, lo condensé, o sea lo dejé librado un poco al tema de la mentira, la mentira *por* amor; por el amor *del* padre o por el amor *al* padre, eso es muy claro en los pequeños fragmentos que Freud nos da.

Pero lo condensé más que nada en Ferenczi. Ferenczi, que se equivocó tanto y se arrepintió tanto de lo que había hecho llegando a esas últimas consideraciones del amor, que tan lejos están de lo que podemos pensar que es un análisis, pero se dedicó para fundamentar su arrepentimiento a decir que la relación de los niños con los adultos es terrible, porque tendemos a imaginar el amor, el amor de los padres... Sabemos que es muy importante ser amados, ser deseados –muchas veces se superponen las dos cosas–, pero es importante en el devenir de un sujeto, no es lo mismo haberlo sido o no haberlo sido. Paraísos no hay, y el desarrollo de los sentimientos, el tema de la ternura –por ejemplo–, que en los niños es una cosa que a uno lo pone de una manera muy particular, uno tiene sentimientos de ternura hacia un hijo, hacia un nieto... y en ese momento se olvida de la inflación, de las porquerías que estamos obligados a tragar todos los días... se olvida porque encontró un momento en el cual la ternura de un niño le ha despertado un sentimiento de amor. Pero por otra parte también sabemos que los padres, en tanto adultos, estamos expuestos a las pasiones; el lenguaje de los adultos es el lenguaje de la pasión, lo cual no quita que un adulto pueda ser tierno, pero estamos recorridos por las pasiones.

Esa articulación entre esas dos cosas, el cruce entre estas dos cosas es lo que hace tan complejas las relaciones de amor-odio entre padres e hijos. Y también está el *estrageo*. Decir que la relación madre-hija puede ser una relación de *estrageo* podría ir en contra de una serie de cosas, pero sin embargo puede serlo. De hecho Freud dijo que una de las relaciones más difíciles estructuralmente hablando es la de la madre y la hija, y dirá que la hija le reprochará a la madre toda la vida porque no le dio el pecho lo suficiente, o porque no la hizo fálica, o porque...

Entonces hablar del amor en relación a los niños o a los adolescentes... En realidad lo primero que me propuse es aclarar que me opongo –no a que exista, sino que me opongo teóricamente– a que el psicoanálisis *tenga especialidades*. En niños, por ejemplo, especialistas en niños, en adolescentes... Que yo sepa no hay especialistas en adultos, salvo que me olvide de algo o de alguien. Hay analistas que atienden niños, adolescentes y gente grande. Que se porten como niños los analistas y la gente es otra cosa, pero son gente grande.

Público: Deberían serlo.

Jorge Palant: Deberían ser –como dice Lacan citando las *Antimemorias* de André Malraux– *personas grandes*.

Público: Me dio ganas de preguntarte, en realidad a partir de lo que dijiste, y vos enfatizaste mucho el tema de la transferencia y el amor de transferencia y el amor al saber, hiciste un rulito muy interesante con el amor, ¿cómo lo ves en la niñez?, por más que yo sé que vos no querés hacer las divisiones, pero me parece que tienen cualidades... ¿qué te parece a vos?

Jorge Palant: Me parece que hay una respuesta en cada uno de nosotros que atienda o haya atendido niños y que haya tropezado con las dificultades que marcan la práctica. Pero puedo decir algo al respecto, cuando yo hice ese rulito – que vos decís– entre el amor, el amor en la transferencia y el amor al saber, eso le lleva a Lacan mucho tiempo para instalarlo; el amor al saber inconsciente, ¿por qué?, porque esto no es tan claro en el amor de transferencia en el escrito de Freud, en todo caso él dice que el amor de transferencia se transforma en resistencia al análisis...

Público: Va por ese lado.

Jorge Palant: Va por ese lado... Lacan utiliza ese camino. En los niños la pregunta es por la transferencia, es decir ¿nos instalan los niños en ese lugar que Lacan dice que un adulto que demanda instala a su analista, eso que se llama la transferencia simbólica? Porque la transferencia imaginaria existe, eso se ve más, por ejemplo cualquiera de nosotros que haya atendido chicos puede decir: para este chico yo era alguien, tuve un lugar en la vida de este chico o de esta familia, fui alguien. Lo cual no quiere decir que el despliegue del análisis de ese niño haya dado lugar a que se pueda pensar en una transferencia simbólica, el niño no alcanza a ubicarnos en ese lugar de Saber.

Público: ¿Y Juanito cuando habla del profesor y habla con Dios?

Jorge Palant: Sí, pero eso no tiene despliegue y además Juanito no se analiza con Freud, Juanito se analiza con el padre; Juanito habla de lo que habla porque habla con el padre. Cualquiera de nosotros puede decir que los niños en análisis hablan y cualquiera de nosotros puede decir que los niños en análisis no hablan, pero sobre todo la pregunta es: si hablan, ¿a quién le hablan?

O sea, pueden hablar, ¿pero le hablan al analista?, ¿le hablan al analista en el lugar en que han ubicado esta posición de Saber?, ¿pero de qué saber?, ¿de saber inconsciente? O sea que la pregunta es siempre por el inconsciente que se puso en juego, no hay otro Saber.

Público: Vos decís que no hay especialidades, ¿no? O sea que el análisis de niños no es una especialidad...

Jorge Palant: Digo que no estoy de acuerdo con esa idea en la medida en que un analista crea poder *especializarse*. Los gustos y las motivaciones son otra cosa, siempre están enraizados en el inconsciente del analista.

Público: Claro, pero decís en tu libro que pensás que hay algo diferente en el análisis de niños y que va por el lado de la dificultad, que hay algo particular en el análisis de niños y que tiene que ver con que es un análisis donde la dificultad se hace presente de una manera especial.

Jorge Palant: Sí, claro... Porque el analista que atiende niños del juego entiende poco y nada, no entendemos nada lo que los chicos juegan; porque no se trata del *Fort Da...* O sea si no somos kleinianos entonces estamos llevados a callarnos la boca; un poco lo que dice Winnicott, ¿no? No lo dice en estos términos: estamos llevados a callarnos la boca.

Yo no digo –jamás voy a decir– que el análisis de adultos es sin dificultad. Sin dificultad no hay análisis, el analista que cree que se sentó en un trono en el cual con todo lo que sabe van a emerger todos los discursos e identificando todo con todo... no está analizando a nadie. El lugar del analista es incómodo siempre, porque cuando las sesiones se van a hacer, no están hechas; cuando Bion dice “sin memoria ni deseo”, ¿qué quiere decir? Que hay que olvidarse de todo lo que uno sabe para ver qué es lo que puede llegar a producir. Ésa es la exigencia máxima que tiene un analista, cómo decir algo que no sea el argumento de un fragmento teórico.

Con los adultos esto existe, y con los chicos es más difícil –para mí es más difícil– porque los chicos no hablan, un chico más o menos cerquita de la pubertad puede decir: “Yo vengo porque tengo dificultades en el colegio, porque me va mal y quiero que me vaya bien”. Bueno... ¿y? “No, eso, era eso.” Ya habló. Entonces lo que uno espera es que ese chico eventualmente tenga la alternativa de dibujar, jugar... Y algo entonces se instala entre un chico y uno.

Ahora, cómo se maneja eso... No creo que un especialista lo maneje mejor que un analista que no se considere especialista; simplemente hay quienes trabajan con chicos y quienes no lo hacen.

Por eso cuando decía que lo primero que me surgió fue que de lo que se trata no es que los niños aman de una manera singular, el tema del amor en los niños no les es específico, está inserto en las manifestaciones del amor, el odio y la indiferencia de los padres. El amor es el amor y atraviesa a los niños, a los adultos... Me parece importante ese texto de Ferenczi por cómo instala diferencias.

Porque, ¿qué podemos decir? Algo que le es específico al niño es la ternura. Bueno, cuando la despierta, si no no es específico, no es algo que todos los niños despierten, ni que todas las madres y padres tengan esa modalidad de respuesta llamada amor.

Una de las críticas que Lacan le hace al cristianismo en relación al amor es primero cómo expulsa el tema del deseo, cómo el cristianismo expulsa el deseo. Y después que hace del amor un mandamiento. Freud lo dice en el "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", pero ustedes no saben que la pulsión de muerte está ahí, en el odio contra sí... Amen (si pueden) a otro como otro, no como a ustedes mismos, porque ustedes mismos no se aman nada, ¿cómo es ese amor?

Y ahí empezamos a mover el tema del narcisismo.

Público: Por un lado, la verdad que agradeceré porque hacés las cosas complejas un poquito menos complejas. Le diste una vuelta que permite entender este circuito.

Lo que me estaba preguntando es este tema del pasaje de amado a amante pensando en niños, y me acordé de una nena que yo estoy atendiendo hace muy poco y ella lo que quiere es que yo le traiga más plastilina, quedarse cien horas, viene –por supuesto– una vez por semana.

Y mientras te escuchaba pensaba cómo se hace, cómo vamos a hacer ese pasaje, qué voy a hacer con eso.

Jorge Palant: No sé... (*risas y comentarios superpuestos*)... Pero un poco lo que estás diciendo es que esta nena está ubicada en el lugar de demandar. ¿Qué hace? Pide. ¿Qué pide? Plastilina, tiempo, pide eso. Obviamente te ubica en el lugar de quien se lo puede dar, pero no te ubica en el lugar de saber, en ningún momento dice: "¿Vos me podrías decir algo acerca de por qué te pido tanto? ¿Por qué te pido tanta plastilina si acá tengo? ¿Por qué te pido más? ¿Y por qué te pido más tiempo, cien horas? ¿Por qué no me alcanza el tiempo que me das?".

Eso un adulto lo puede preguntar, cuando un adulto lo pregunta, cuando un adulto hace preguntas sobre lo que padece –pero no preguntas que en realidad no son preguntas sino que son afirmaciones disfrazadas de preguntas, que no es lo mismo–, pero cuando un adulto hace preguntas respecto de sus síntomas, de sus repeticiones... se está dirigiendo a alguien a quien le supone un Saber sobre eso, lo cual no quiere decir que ese alguien le conteste o le dé respuestas; salvo que uno haya encontrado una intervención que sea conclusiva: *Esto es así. Sobre esto, nada más.*

Pero con los chicos es muy difícil.

Público: Yo trabajo con adultos que son chicos algunas veces. Pensé si en este “más tiempo” uno no podría escuchar –no para decírselo–, pero escuchar que hay algo más que está pidiendo, sobre todo en esa cosa tan extraña que es pedir tiempo.

Lo que quiero decir es que vos estás trayendo eso que yo estoy escuchando de lo que les pasa a los analistas que atienden chicos, que es que no hablan o hablan mucho menos que los adultos. Pero tal vez en eso que dicen alguien puede escuchar algo no necesariamente para responderle, pero sí para llegar a ser alguien para ellos.

Jorge Palant: Estoy de acuerdo con eso. En lo que dicen cuando dicen alcanza con que un significante quede flotando ahí, para que después se pueda volver sobre eso. El asunto es no tomar algo que el chico dijo y aplastarlo con una interpretación (lean “El caso Richard”, es ilustrativo al respecto) que ya se sabía, sólo se esperaba el momento de decirla.

Pero por supuesto que sí. Hay un caso que relataba que era el de un chico –de nueve, diez años– cuyo síntoma era golpearse la cabeza –no voy a contar el caso–, pero jugaba, hacía avioncitos y los tiraba; yo estaba sentado al lado de él entonces veía cómo el avioncito... se caía. La madre se había suicidado tirándose de un balcón. Tiraba los avioncitos así... y los miraba.

“¿Querés ver si así se cayó tu mamá?”... Está bien, uno puede tener cierta locura para hacer este trabajo, pero tan loco: “¿Así se cayó tu mamá?”, pobrecito...

Uno de los juegos era el ahorcado, jugábamos al ahorcado. Hasta que en un momento yo lo estaba ahorcando a él y faltaba una letra, entonces me dice: “Una letra más y lo suicidan”. Una más y lo suicidan. Entonces en ese momento que habla y dice eso porque tiene un fallido, alguien me puede decir: pero un chico de esa edad tiene que entender la diferencia entre un suicidio y un homicidio. Sí, digo. Además la madre se suicidó.

Entonces una cosa es mirar cómo caen los avioncitos –ahí no estaba hablando, digo yo, otro me podrá decir que sí– y otra es “una más y lo suicidan”. Es distinto, ahí habló: “Una más y lo suicidan”.

Entonces, ya que podía y me daba algo, ahí hablé: “Un suicidio es una cosa, cuando alguien se mata a sí mismo. Otra cosa es cuando alguien mata a otro, eso es un homicidio”.

Entonces me miró: “Ah, sí”... A la sesión siguiente viene y me cuenta un sueño de angustia, que además tenía un carácter de pesadilla: él estaba en la habitación y entraba el padre a la habitación con un revólver, y él no sabía si lo iba a matar a él o a la hermana...

Ahí algo hablé, pero fue necesario un fallido –yo lo voy a llamar fallido a lo de suicidio por homicidio– para que apareciera, en un sueño pesadillesco, una fantasía –por ejemplo– respecto a que el padre pudo haber tenido alguna participación en la muerte de la madre. Cosa que no le dije. Los sueños *son* la interpretación, un sueño ya es una interpretación, ya es algo que queda inscripto en la estructura; queda inscripto, después se verá.

Pero si yo le hubiera dicho: “Me parece que este sueño que me contás apunta a que pensás que tu papá tuvo algo que ver en la muerte de tu mamá”.

“¿Qué? ¿Qué tuvo que ver? ¿La empujó?” “No sé... a lo mejor no se llevaban bien, ella tenía enfermedades, era diabética, tenía una serie de cosas... Qué sé yo, no sé, en esa interna de los matrimonios ¿quién sabe?”

Pero no era para decírselo a él. A mí me alcanzó –como analista de él– que él hubiera tenido la alternativa de constituirme en analista de él, porque en ese momento yo era el analista de este chico. ¿Por qué? Porque habló, porque tuvo un fallido, porque tuvo un sueño angustioso, porque me lo contó... sobre todo porque me lo contó.

Cuando Melanie Klein dice que el juego en los niños es equivalente a los sueños... Bueno, pará un poquito, porque el sueño te lo tienen que contar, porque si no no hay significativo que se mueva, ¿entonces cómo hago?

Público: A ver si puedo volver al tema que estaba pensando; pensando en esto de la dificultad entre el lenguaje del niño y el lenguaje del adulto y la madre estragante y el niño preparado ya para poner el límite, la mentira o la intimidad –digamos–, yo pensaba si vos considerás que la adolescencia y el trabajo en análisis con un adolescente es una oportunidad de que estas cosas se pongan en juego. Lo pensaba con respecto a una paciente que veníamos trabajando y hablando – porque el adolescente sí habla– y en el momento en que yo le hago un reclamo

con respecto a los honorarios, falta a sesión y empieza como a complicarse su regreso.

Y bueno, en qué medida son necesarios los discursos –tanto del niño diferente al adulto– y en qué medida dificultan el trabajo analítico a su vez.

Jorge Palant: El trabajo analítico puede estar dificultado por distintas cosas, repito siempre, la práctica es una dificultad...

Público: Pero a su vez necesario también, como la diferencia de discursos.

Jorge Palant: Es necesario cuando es necesario. En relación a la adolescencia – que preguntabas– si es una oportunidad, es una oportunidad. También con los chicos es una oportunidad porque los que escuchan también son los padres, o sea uno ahí puede intervenir porque los padres hablan, entonces si uno escucha lo que los padres dicen para ese chico es una oportunidad; si esos padres son la desgracia personal que a él le toca, es muy difícil hacer algo ahí.

Y en relación a la oportunidad del adolescente es cierto que los adolescentes hablan, pero no necesariamente constituyen un saber en el analista, no necesariamente. Tienen la oportunidad de hacerlo, pero pueden no hacerlo –en ese sentido es lo mismo que el adulto– y las complicaciones pueden pasar por ejemplo por ese relato que hiciste: “Cuando yo le hice un reclamo”... en el sentido de que ahí es el analista el que pide y cuando vos se lo decís, entonces ella falta; porque es un tema complicado el tema del pago de honorarios de los adolescentes. Yo me acuerdo que Arminda Aberastury decía que tienen que llevar un cheque porque el dinero en los adolescentes se mide de otra manera, hay que hacer algo... Cada cual hará lo que pueda, pero los reajustes y esas cosas ¿se le hacen al adolescente?, ¿se les dice a los padres? Con cuestiones de la práctica de la vida cotidiana cada cual se las arregla como puede con eso, porque depende cómo es ese adolescente a diferencia de otro, a diferencia de otro... cómo es ése como para que uno tome una ley fundamental: “Acá se paga del 1 al 5 con un cheque al portador...”.

Oportunidad del análisis es oportunidad cada vez que alguien consulta y algo se muestra posible.

Público: Me acordé de ese artículo que vos tenés en *Conjetural* sobre jóvenes en análisis, en donde de algún modo me parece entender que creés que los adolescentes se van un poco antes.

Me parecía a mí que vos ahí planteás que la posibilidad de armar un dispositivo analítico con el adolescente es difícil, lo planteás como algo generalizable.

Jorge Palant: Me parece recordar cuando vos decís algo así como que yo planteo que los adolescentes se van antes...

Público: Antes de analizarse en serio.

Jorge Palant: Sí, primero porque es muy difícil cuando están los padres *ahí*; por supuesto que los adultos hablan de los padres pero ya fue, hablan de algo que ya fue, hablan de algo que está en la memoria, hablan de algo que tiene sus raíces inconscientes muy definidas, y los padres en la realidad o no están o pueden no estar.

Otra cosa es cuando los padres están *ahí*, entonces eso complica por distintas cosas. Primero porque los padres demandan: que no fume marihuana, que no vuelva a las ocho de la mañana, porque no estudia, que el teléfono, que el despertador... entonces demandan.

Público: Creyendo que ponen límites.

Jorge Palant: Creyendo que ponen límites pero demandan al chico y demandan al analista. No se les niega el derecho a hacerlo, la cuestión es cómo eso es respondido desde el adolescente o desde el analista. Pero cuando digo que hay una zona, hay un momento de un análisis, hay momentos del análisis en donde el que se analiza tiene que tener coraje para atravesarlo. En los adolescentes esto puede llegar a la "confesión" del fantasma.

¿Cuánto es capaz cada analizante, cuánto es capaz de apostar de sí en un análisis? El tema de la sexualidad en los adolescentes tiene sus complicaciones, la sexualidad siempre tiene complicaciones pero los adultos se arreglan de otra manera con la sexualidad, mejor o peor, pero tienen la alternativa de arreglarse de otra forma. En los adolescentes el tema de las fantasías, o sea atravesar el tema de las fantasías, atravesarlo pero en relación de poder hablar, poder hablar de eso, pero poder hablar como se le habla a un analista en el sentido de que no es muy claro, no se sabe, se dice algo que no se sabe qué es lo que se está diciendo; pero hay que hacerse cargo de los efectos que eso tiene.

Yo no me acuerdo totalmente por qué lo dije, supongo que debo haber hecho referencia a un caso...

Público: Hablabas de la joven homosexual... y de otra paciente por la que consultan los padres

Jorge Palant: Pero la joven homosexual interrumpe... (*comentarios superpuestos*)... Pero con esa chica me parece que pasó otra cosa, era distinto, no empezó justamente porque los padres me hicieron un pedido muy preciso, me dijeron que la chica –una adolescente– había empezado *a salir* y entonces los padres me pidieron que yo consiguiera “*que esa chica (les) volviera a su corazón*”. Les dije que yo no podía comprometerme a conseguir eso, no podía empezar algo con esa condición, “*que vuelva a su corazón*”; además era gente muy querida por mí, me sentí bastante culpable después...

Mabel Marcinavicius: Bueno, estamos en la hora así que te agradecemos muchísimo... (*aplausos*).

Jorge Palant: Les agradezco a ustedes la invitación.